¿Qué harías si te quedara un año de vida?
Ella se tatuó a su chihuahua



ESPECIAL
LUCILERDA
SIN CENSURA

INKED YAYA

JAVI ROLLING

ILUSTRACIONES RAMONE PRÓLOGO KUTXI ROMERO



Autor:
Javi Rolling
Ilustraciones:
Ramone
Prólogo:
Kutxi Romero
Dirección artística de portada y maquetación:
Javi Rolling
Producción visual asistida por IA

© 2026 Javi Rolling. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transformación total o parcial de esta obra sin autorización expresa del autor.
Esta obra es una ficción satírica. Cualquier parecido con personas, hechos o situaciones reales responde a la parodia, la exageración narrativa o a una simple coincidencia.
Los personajes Inked Yaya, Roke Janpoke y Sr. Paquito son creaciones originales de Javi Rolling.
Las marcas, productos, entidades o lugares mencionados aparecen únicamente con fines narrativos o descriptivos, sin relación, patrocinio ni aprobación por parte de sus titulares.

1º EDICIÓN
ISBN: 978-82-694962-0-8
Safe Creative: 2608036627857

Publicado por SR. PAQUITO EDICIONES
Org.nr.: 933753891 (NO)

ANTES DE EMPEZAR

El capítulo que vas a leer pertenece a un momento avanzado de la historia, pero contiene buena parte del espíritu de esta novela: humor ácido y absurdo, cultura popular, personajes al límite y cierta ternura escondida entre toda la mierda.

Doña Milagros era una jubilada de ochenta y tantos años con una vida bastante corriente y no demasiado tiempo por delante. Hasta que un tatuaje, un chihuahua y las redes sociales la convirtieron, de la noche a la mañana, en Inked Yaya, un fenómeno viral.

Desde entonces, Roke Janpoke, su tatuador y flamante mánager, se encarga de que la fama dé para algo más que likes.

A estas alturas de la historia, la abuela ya es famosa.

Quizá demasiado.

CAPÍTULO 13

LUCILERDA, TRIÁNGULO DE AMOR BIZARRO

Aquel viernes lluvioso, doña Milagros se disponía a cenarse su plátano fileteado frente al televisor.

Calentita en la cama y con el cocido de mañana aún silbando en la olla exprés.

El último capítulo de temporada de *Lucilerda* estaba a punto de comenzar y Lucilerda descubriría al fin quién era el padre de los trillizos que gestaba en el primer mes de embarazo.

Milagros había estado echando la «cuenta de la vieja», triangulando aquel sudoku de amor televisado:

Porque el torero amanerado le metió la cornada antes que el catequista machista. Y la ginecóloga lesbiana con tatuajes seguía teniendo una coartada sospechosamente sólida.

¡Ah! Y aquel sórdido episodio de la burundanga en un *after*, antes de ingresar en el convento.

Samu Rico. Jeny Royers. Maik Romero en el papel de Claudio... Los títulos de crédito.

—¡Corre, Sr. Paquito, que ya está empezando! ¡Mira!

Interpretada por Florinda Gu-ti-é-rrez…

El chihuahua claqueteó desde la cocina al salón hasta plantarse ante la televisión junto a la abuela.

La melodía del móvil, la grabación de los ladridos del perro, interrumpió la lectura en voz alta de los créditos de la telenovela: «¡Puta!… ¡Puta!».

—¡Ya me van a joder mi novela!

Contestó el teléfono, a toda prisa.

—¡¿Quién eh?!

—¡Doña Milagros, estupendas noticias de ultimísima hora! Anteayer inauguró usted una churrería, esta misma noche es invitada VIP en un concierto de *trap* —El disparo de Roke alcanzó el orejón de la abuela.

—¿Invitada «vi»?

—¡Invitada… *very important*… prehistórica! Tiene un taxi esperándola enfrente del portal en diez minutos.

—¡Pero si estoy a punto de acostarme! ¡Y aún no he cenado!

—Aquí se cena usted un kalimotxo… ¿En qué quedamos, abuela? ¿Quiere pagarle la universidad a sus bisnietos o prefiere rezarse un «Jesusito de mi vida»?

—¡Que estoy en camisón! —reprochó a viva voz, cabreada.

—Perfecto, ese es el *outfit* de las estrellas. Necesitamos a la Hugh Hefner de Fuentaladra en menos de cinco minutos… Camisón, bata y pantuflas… ¡Vuele, abuela, vuele!

Y colgó.

Hijo de la gran puta.

Ya le habían jodido su novela.

El tiempo de hacer un pis y apartar el cocido de la vitro.

El Sr. Paquito apenas tuvo tiempo de seguir a la anciana hasta

el recibidor, observando perplejo los bandazos del berrinche, que entre maldiciones acabó en un portazo de la vieja.

El perro torció la cabeza. Se relamió.

Ya podía comerse el plátano.

A los diez minutos, Gitano Samurái abrió el paraguas junto a la puerta del taxi ante La Aguarrás, una sala de conciertos con la acústica de un cubo de pintura.

Acompañó a la anciana por una callejuela, sorteando los charcazos hasta un acceso trasero de la sala.

La sonrisa se le borró del jeto a Roke al ver la mala leche que traía la vieja por el callejón, en bata y empapada bajo el diminuto paraguas que sostenía el gitano.

Catapultó rápido la chusta con el anular.

—¡Solo será una hora, abuela! Prometido.

»El cantante quiere salir al escenario acompañado de Inked Yaya y que le dé un besito de buenas noches ante su público. —abrió la puerta de acceso—. Y después, ¡a descansar!

Atravesaron un inhóspito pasillo hasta llegar al *backstage*. Desde allí, se escuchaba el bochorno bullicioso de la sopa de sudor cocinándose sobre el escenario: Jarfaiter y El Coleta abrían la noche despachándose a gusto un trócolo ante macarras, niñatas y quinquilleros.

Cerca, la puerta abierta del camerino permitía un desfile constante de gentuza con copas y minis en las manos, que solo se detuvo cuando Gitano Samurái bloqueó el umbral, anunciando la llegada de la VIP y su mánacher.

Entró. Los niños en aquel afromarket enmudecieron.

El gitano escaneó el perímetro con hambre justiciera tras las gafas de sol, buscando cualquier amenaza que cenarse tras calentarle la cara de un sopapo.

Le arrebató un mini a un pobre pichirichi petrificado que se apartó a un lado.

No había peligro alguno.

Se quitó de la puerta y entró la doña, seguida de Rokencio.

♫ *Jarfaiter y Cecilio G. - Chupapow*

Cecilio J., leyenda punki del *trap* con pinta de haberse levantado de una siesta de cuatro horas, apuró la botella de ron de un trago.

El chorro le salpicó el torso desnudo y recorrió una colección de cromos tatuados por un simio borracho.

Es decir, por Roke Janpoke.

—¡Uy, por Dios! Una cruz en la frente… ¡Lo va a castigar el Señor! —murmuró Milagros al descubrir el tatuaje del artista desparramado en el sillón junto a una chati.

—¡Inked Yayaaaaa! —Cecilio arrancó un exabrupto gutural al terminar de llenarse el tanque.

Se destapó de su acompañante y se incorporó en el sillón, con sonriente curiosidad. Se detuvo, mirando de arriba abajo a Milagros con la bandera a media asta. Después devolvió la vista a Roke. Otra vez a Milagros. Roke. Milagros. Ro…

—Sonría, abuela, imagínese que es la cruz donde está el tesoro. Estamos a punto de caramelo para un cameo en un videoclip. Espero que sepa rapear —le susurró el mánacher.

Allí, pasmada ante el rapero, Inked Yaya rompió el silencio.

—¿Te gusta *Lucilerda*? —le preguntó a Cecilio J.

Aturdido, el cantante se quedó pensativo.

—¿Y el perro, Roke? ¿Dónde está el perro? —Se dirigió al mánacher que, descolocado, lanzó una mirada inquisitiva a

la abuela encogida de hombros, asustada dentro de la bata rosa aún mojada.

—¡Te pedí la tarifa *chuchi-plus*, Roke! —El artista le apuntó con el dedo.

—Me has acostumbrado a los balbuceos que me envías cocido de madrugada pidiéndome un tatu... Después de eso, no es fácil entenderte cuando estás sobrio. ¡Fallo logístico!

El cantante se frotó un ojo y resolló sacudiendo la cabeza.

—¡Quiero mi perrito! —Sepultó con una sonrisa miserable.

—¡Puto desgraciado! ¡El perrito tiene el corazón del tamaño de un higadillo-pollo! ¿Crees que voy a permitirle un infarto a uno de mis activos más rentables subiéndolo a un escenario lleno de borrachos berreando?

—¡Me prometiste al perrito!

—¡Y tú me prometiste dejar de esnifar Risketos!

Cecilio J. se levantó enfurecido.

Tiró la botella de ron contra el sillón y abandonó el camerino ante un helado comité de invitados.

—¡No voy a meter kilo y medio de chihuahua en un concierto! ¿Sabes cuánto cuesta sustituir a un perro famoso? ¡Estás chiflado! —reprochó Roke a voces mientras el cantante desaparecía en la colorida penumbra del *backstage*.

—¿Le meto la cara pa dentro, don Roke? —preguntó el Samurái crujiéndose los nudillos con calma rutinaria.

—¡Ay, no, calla! ¡Más violencia, no! ¡Que no me habéis sacado de la cama pa esto! —La yaya apaciguó al dúo antes de que a alguno se le fuera la pinza.

—¿No veis que es un crío?

»Dejádmelo a mí, que ya tengo experiencia en meter zapatillazos cuando les dan arranques de príncipe.

Doña Milagros salió resignada del camerino.

* * *

Sentado sobre un baúl de sonido, con la cabeza apenas hundida entre las rodillas, Ceci apretaba puños y dientes, goteando moco sobre la tarima. El ruido sordo del público amortiguaba allí la pataleta lacrimógena del chaval.

—¡Puto Roke! Me cago en todos tus mu…

—Vamos a ver. ¡Un muchacho tan grande como tú! ¿Qué te pasa, corazón? ¡Cuéntale a la yaya!

La mano de Milagros acarició la cabeza teñida de Cecilio.

Él alzó la mirada con los ojos hinchados.

—¿No estás contento de que haya venido a verte?

—Sí, yaya, joder… —Se sorbió la moquera refregándose la napia con la muñeca—. Yo quería salir de su brazo al escenario… ¡Con el perrito! Y que me bendijera delante de todos.

—¡Ay, mi niñooo!

Se sentó junto a él y le pasó su brazo sobre los hombros.

—Verás, es que el Sr. Paquito es muy chico, muy chiiiico, y tenemos que cuidarlo. ¿Lo entiendes, Evilio?

—Que síííííí, yaya… ¿Y quién me entiende a mí? Puse el listón muy alto apareciendo en el Festival del Chónar montando una vaquilla. ¡Tengo que seguir alimentando esta puta fama! No se imagina el estrés que llevo encima desde que salí del talego…

—¿Qué me vas a contar, cariño? ¡Anda, ven aquí! —Y abrazó la cabeza del joven hacia su regazo.

Rokencio y su malandro se echaban un cigarro vigilante, atentos a cualquier movimiento.

—Yo quería ser bailarín de claqué, ¡como Bon Chovi! —farfulló Ceci chorreando sobre el pecho de doña Milagros.

La abuela suspiró.

—¡Aiiiiins! Mira, mi niño… ¡Vas a ser lo que tú quieras! Esta noche será el comienzo. Con la yaya saliendo del brazo de un hombretón tan guapo como tú ahí fuera y bendiciendo ese sueño tan bonito con un besazo en este moflete tan gordo que tienes… —le sacudió la mejilla con un pellizco cariñoso mientras le acariciaba el cabezón con la otra mano pelleja—. ¿Sí?

—Vale —asintió con voz gutural, casi a regañadientes.

—¡Claro que sí! ¡Ains, lo más bonito!

—Ok, yaya. ¡Saldré al escenario! —Alzó la cabeza decidido.

—¡Eso!

—Pero…

—¿Pero qué?

—No pienso pagar.

—¡¿Que qué?!

—¡El contrato era con tarifa *chuchi-plus*! —masculló el chico, reincorporándose mientras se despegaba de las manos calientes de Milagros.

La vieja se lo quedó mirando a punto de estallar con la combustión interna de una mala hostia forjada durante ochenta años y media hora en La Aguarrás.

—¿Que me has sacado de mi cama calentita, con el estómago vacío, lloviendo a las diez de la noche… y encima me he perdido mi *Lucilerda* para venir en zapatillas a una fiesta de drogatas? ¡Me cago en San Peo bendito!

Inked Yaya enganchó con fuerza a Cecilio J. por el pendiente de la oreja con los dedos, como una tenaza.

Se levantó automáticamente, dejando al chaval pasmado como un conejo a punto de ser atropellado.

Lo arrastró del lóbulo entre bastidores e irrumpió en el escenario como una garra metálica a punto de conseguir su premio en la máquina de peluches.

La actuación se cortó de golpe.

La audiencia se alborotó para a continuación quedarse calladita junto al Coleta, Jarfaiter y el diyey, que admiraban perplejos el número cirquense:

Cecilio J. avanzaba a pasitos, con cara tensa, hacia ellos, como un equilibrista sin red de seguridad, suspendido del pendiente que la domadora de fierecillas conducía con absoluto dominio.

Se detuvieron en el centro.

Doña Milagros miró alrededor.

Sin pensárselo dos veces, le arrancó el micrófono a uno de los artistas que tenía al lado.

Acople.

Observó al público atónito que había convertido la sala en un sembrado florecido de móviles iluminados.

Silencio.

—¿Alguien sabe cómo acabó *Lucilerda*? —gritó, micro en mano, a toda la audiencia expectante.

Boquiabiertos, Rokencio, el gitano y el técnico de la mesa de sonido se miraron desconcertados.

—¿No?

Público en modo vídeo.

—¡Pues yo tampoco! —Soltó el *piercing* y el cantante cayó al suelo, lamentándose de rodillas.



Entonces le asestó una monumental colleja que se oyó hasta en las grabaciones que, en menos de una hora, se viralizaron en Brasapp.

* * *

24 h más tarde.

La foto de Cecilio J. con la cabeza refugiada entre el tetamen en camisón de doña Milagros llegó a las secciones amarillistas de periódicos y medios digitales:

¿ROMANCE EN LA AGUARRÁS?
Inked Yaya (80) y Cecilio J. (34) protagonizan una escena íntima antes de un ataque de celos sobre el escenario.

Doña Milagros telefoneó a Roke.

—¿Se pensaba que nos íbamos a quedar sin cobrar, abuela?

DEL SECRETO AL ESCÁNDALO:
Inked Yaya, la abuela que consoló a Cecilio J. en privado y lo puso de rodillas en público.

—¿Pero has visto lo que están diciendo? —la vieja protestó.

INKED YAYA, CECILIO J. Y LUCILERDA:
Triángulo de amor bizarro.

—Abuela, lo importante no es lo que están diciendo... je, je, es lo que están pagando.

♫ *El Coleta & Manuel Malou - Quinquis de la calle*

¿QUIERES SABER CÓMO EMPEZÓ TODO?

Antes de convertirse en Inked Yaya, doña Milagros solo era una anciana con un chihuahua, una familia desestructurada y muy poco tiempo por delante.

Luego apareció Roke Janpoke.

Un tatuaje.

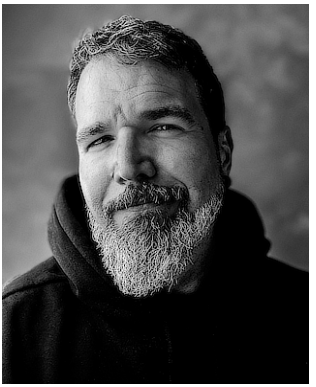
Las redes sociales.

Y todo explotó.

Descubre la historia completa en INKED YAYA.

Disponible en ebook y edición impresa.
Compra directa en Amazon:

INKED YAYA EN AMAZON



JAVI ROLLING

¿Biografía? A medio camino de la intrascendencia.

Nací un 14 de abril de 1978 en Carabanchel (Madrid).
Ahora vivo en Noruega.

¿Lo que pasó en medio? Bien podría ser un cuento.
Llevo toda la vida contando historias.
Para seguir haciéndolo no hace falta disfraz.
Yo ando en pijama, por si vienen a despertarme.
Quizá me ponga la bata y me asome a la ventana,
con escepticismo.

Siento especial debilidad por los perdedores,
los delincuentes y los antihéroes que lloran
bajo su armadura.
Quizás porque soy uno de ellos.

Voy agotando la libertad de las trincheras
hasta que se convierten en prisiones
de las que volver a escapar.
Ya tengo un nuevo plan de fuga.
Aunque acabaré improvisando.
Por seguir llevando la contraria.

Esta es mi primera novela seria.